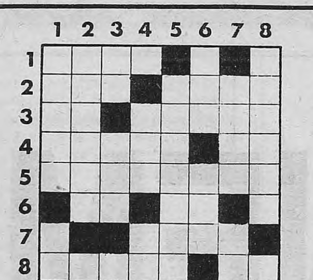
Con censura 16

Las palabras que corresponden a las definiciones se introducen normalmente en el cuadro, salvo por un pequeño detalle: hay una letra, siempre la misma, que debe saltearse cada vez que aparece. Ejemplo: si la letra censurada fuera la R, una palabra como PERRERA entraría en el cuadro como PEEA.



HORIZONTALES

1. Ijar, costado.
2. Rengo. / Defecto.
3. Trozo de piedra pómez. / Parque.
4. Que tiene color semejante al rojo. / Abreviatura de "ante díem".
5. Traspasó, penetró.
6. Interjección usada para dar ánimos. / Conjunción latina "y".
7. Existían.
8. Refugió, acogió. / Campeón.

VERTICALES

1. Jarra o vasija pequeña con asa. / Símbolo químico del bario.
2. Animal anfibio de América del Norte, de carne comestible.
3. Nota musical. / Se dirigirá.
4. (Vital) Comediógrafo español. / Art. det. masc. sing.
5. Trovador.
6. Deslucid, manosead. / Boca saliente.
7. Sonrías. / Símbolo químico del sodio.
8. Inocencia, ingenuidad.

SOLUCION 15

Letra censurada: La C.
Horizontales: 1) Escápula. 2) Icono / Cebo. 3) Ni / Lucían. 4) Acabar / Li. 5) Loco / Calé. / 6) Mece. 7) Set / Corre. 8) Calor / Cocos.
Verticales: 1) Cecina / Casa. 2) Social / El. / 3) Can / Boceto. 4) Polaco. 5) Ur / Mo. 6) Le / Acero. 7) Caballero. 8) Onice / Es.

Verano/12

Sueños de verano

Vacaciones en la pantalla

(Por Eduardo Blaustein) Sólo le queda una oportunidad y los que vengan deberán enterarse. Apenas tiene tiempo de inspirar para zambullirse como un buscador de perlas. Alcanza a contraer la mandíbula y ya viene el primer vaquero en micropasos desafiantes, rectamente hacia él, rectamente para acabarlo. Charly lo esquiva introduciéndose en la tienda de abarrotes, donde le espera una bolsa con 500 dólares. La recoge en un movimiento de espantosa precisión, se yergue, mira a los costados, espera. La calle está poblada de ausencias que vibran. Con la mano izquierda sujeta al revólver del placer caliente sale a enfrente el aire polvoriento del mediodía.

Suspendidos en partículas de silicio los hijos de puta son tres. Charly responde con tres emanaciones mortíferas. En un giro extasiado vuelve a disparar, mata otra vez, entra a la oficina del telégrafo, escapa con una bolsa de 500 dólares. Adhiere su espalda contra los tablones en los que está pinchado su propio retrato de matón para dejar que pasen de largo tres cowboys —algebraicos—, uno detrás del otro, mecánicos, ciegos y menudos como soldados de plomo. Charly es feliz en esa maniobra y se lanza a la carrera con euforia de recordman surfista. Se detiene y percibe al que le pisa los talones. Sin posibilidad de gatillar se agacha. La bala dirigida al centro exacto de su frente silba y viaja en dirección a la playa asustando a los niños, pero más a las madres. El banderín de mar peligroso flamea y se afloja provocando algunos miliamperios de pánico en Charly y agitación en las señales digitales.

Charly acerca el rostro al universo que se descontrola. La mano izquierda resbala contra la empuñadura; los tres dedos que deberían operar con mayor delicadeza tiritan como canallas. Ahora es Charly el que pasa de largo ante la tercera bolsa de 500 dólares, intenta retroceder, advierte al alguacil bidimensional que camina hacia él con sus ridículas bermudas. Charly —una pupila se fuga, las aletas de la nariz chochean— echa a correr de nuevo, trepa una escalera, elimina al predicador con un tiro instintivo y sigue corriendo por el tejado del *saloon*. El retumbar de un rockabilly de Los Lobos le recuerda la Kawasaki en la puerta. En equilibrio inestable por los cielos Charly se ve rodeado, sacudido en carreteras de vértigos entrelazados. A un metro y medio dos naves interestelares chocan y le ciegan. Tropieza con alguien que escapa de laberintos y antropófagos. Karatekas parten cráneos con modales orientales. Pilotos de Fórmula 1 yacen deshechos contra guardarailes ensangrentados. Conan está bárbaro y el mundial de México todos los goles se hacen con la mano. Charly no consigue volver la pupila a su sitio natural. Sus últimos disparos, sus últimos siete disparos, trazan siete babas en una pantalla que reverbera. Descargada la moral, Carlos levanta la vista hacia los ojos de Clint Eastwood y no se agacha. En el instante supremo maldice al dios eléctrico que promociona su propia muerte con el cartel luminoso. GAME OVER.

—Ah, estabas acá monstruo, dice Marcela.

—¿Qué hacés, murmura Charly.

Empuña aún el mando caliente y pone su peor cara de orto. Siente exasperantes caracolitos adheridos muy dentro de la malla. *¿Te estabas escondiendo Carlos?*, se reitera Marcela terca y gangosa. Carlos odia esa solidificación inesperada entre los pliegues húmedos de la malla. Inspira bronco como un elefante marino, endurece músculos y mandíbula, aprecia que ya no palpita su nariz y que la moto aguarda echando monóxido por los belfos. Introduce otra ficha en la máquina, no se satura ante los rojos saturados, presiona player one y se va de vacaciones.

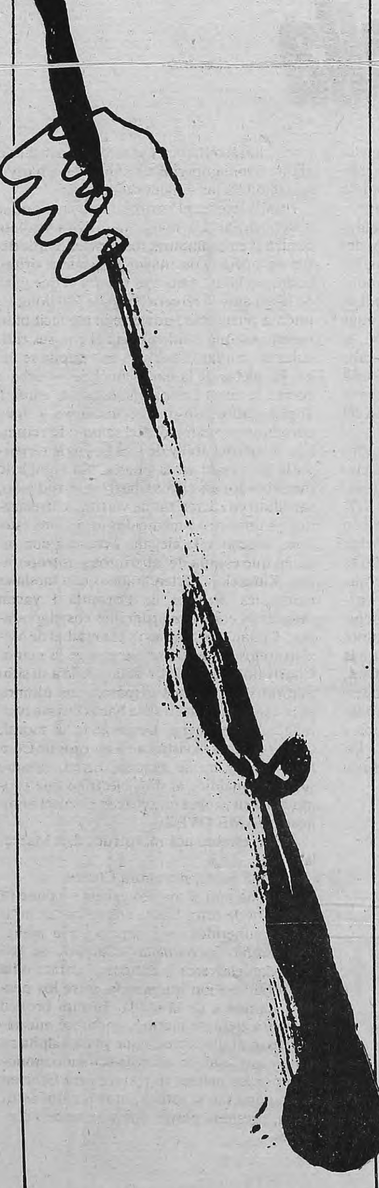
LECTURAS

EL ENEMIGO

Por Virgilio Piñera

Como Alejo Carpentier y José Lezama Lima, Piñera, muerto en 1979, está situado en el punto más alto de la literatura cubana. A pesar de haber abarcado casi todos los géneros con gran virtuosismo, Piñera es el menos difundido de los grandes escritores de su país. Este relato, perteneciente al volumen *Cuentos*, editado por Alfaguara, refleja el virtuosismo del autor de *Pequeñas maniobras*.

He preguntado al hombre que me lustra los zapatos si no tenía miedo de sí mismo. Me miró sorprendido. Vi reflejado en su cara el desconcierto. Por fin, parece que para ser cortés conmigo, me respondió: "Yo no sé lo que es el miedo..." Bendije en mi interior a ese ser que está libre del mal que mina mi vida día a día. Tendré que decirlo de una vez: mi torcedor es el miedo. Miedo que tiene su origen en un sentimiento de culpa. ¿Por qué pienso constantemente que debo pagar algo malo que he hecho? Esto me ha llevado a rastrear en mi familia. Ningún crimen que tengan que pagar los hijos de los hijos; por lo contrario, gente sencilla, de moral cristiana. Entonces, ¿por qué esta sensación de culpabilidad? Sin embargo, hay un precedente en esta familia incomplicada. Esta culpa le juega a un hermano de mi padre una pasada trágica. Una noche su inefable culpabilidad se hace tan obsesiva que el desdichado termina por encerrarse en un cuarto de hotel, se amuralla, por así decirlo, y como un niño se pone a gritar que el juez vendrá a llevárselo...



Este miedo, producto de la culpa, me obliga a tomar medidas. Diré aquí algunas de estas medidas. Indagación en los que me rodean de si están minados por mi mal. Manera de consolarse, de repartir el peso de la culpa. Indagación de mí mismo, es decir, observar atentamente la "curva" de la culpa. Crueles terrores si sube, locas euforias si baja. Pero algo de mayor importancia que estos ascensos y descensos del ánimo. ¿Es que me cambiaré, a la postre, en la culpa misma? ¿Resultaré culpable para los demás? ¿Tendrán miedo de mí? ¿Miedo de mí que golpea en la piel de los otros? ¿Dos miedos, dos culpas, entonces? ¿Uno que me desgarra y otro que desgarra a los otros? ¿Qué nombre recibe un hombre cuando ha alcanzado este clímax?

Pero todavía hay algo más trágico. ¿Cómo escudarme? En relación con esto último, el escudo sería la literatura. Además de escribir lo que vivimos, escribimos también lo que no vivimos. Que lo que no pudo ser en la acción lo sea en la creación. Es en este sentido que me he servido de la literatura como de un escudo. Pero este escudo acaba de ser traspasado y del otro lado encuentra uno al guerrero de horrenda cara. No niego que el escudo quede más refulgente después de la batalla (la tremenda perforación que él nos muestra es nada menos que la obra) pero yo me habré hundido unos centímetros más en el fango de la culpa.

Lo peor de todo es que pertenezco a la clase peor de los culpables. Soy un culpable arrepentido de su crimen. Por eso, a manera de expiación, me he tolerado a mí mismo, y lo que es más singular, me he amado —claro está que no con mi corazón sino con mi culpa—. Tal expiación la he hecho extensiva a mis semejantes y a la literatura. Pero en vano: todo me huye. Yo me odio, creo ser odiado por mis semejantes, lo que escribo es odioso y creo que odiado. ¡He sido atravesado de parte a parte por la espada vengadora!

¡He aquí la hora amable de acostarnos a dormir! ¿Es que vamos a soñar? ¡No, por el cielo! Me alejo cuanto puedo de los siniestros sueños (aun el más risueño siempre será siniestro), les cedo mi cabeza al menor tiempo posible. No, si hablo de esta amable hora de acostarnos no lo hago con vista al sueño. En la frase precedente he puesto "dormir" para indicar que se trata de la noche y no del sueño. Pues bien, en esa hora amable me meto en mi cama, me hundo en la insulsez del colchón, apago la luz. Por unas horas la fiera ha despistado a los cazadores. Allí, hecho un ovillo, ya no soy más el culpable que holla el suelo del mundo con pisadas trémulas. Por el contrario, soy como un decapitado al que ya no pueden volarle mundos por la cabeza. Siento que sangre, carne y huesos son nada más que eso y poco a poco me voy convirtiendo en uno de los perros de la traílla... Entonces gozoso, muerdo a derecha e izquierda, doy caza al miedo, lo acorralo en un desvío del bosque y hundo mis colmillos en sus entrañas.

Hay un miedo que es típico del género humano. Se trata de ese miedo que por ser un sentimiento muy vital mira horrorizado la posibilidad de perder algo tan valioso como es la vida, y no sólo la vida sino también la fortuna, el empleo, el ser querido... Esto lo han sabido muy bien ciertos hombres y es por ello que han podido, en un momento dado, dominar a millones de otros hombres. Yo llamaría a este miedo el "miedo hacia afuera" para diferenciarlo del que a mí me domina y que vendría a ser, por tanto, "el miedo hacia adentro". Ahora bien, a mí ese miedo "hacia afuera" me deja impávido; yo no padezco tal azote, pues no me importa perder la vida, el empleo, el ser querido o la fortuna si la tuviere. Si yo me someto al amedrentador es porque estoy cogido en el engranaje, pero frente a él una sonrisa desdeñosa aflora a mis labios. Por otra parte, resulta singular que ese no sentir el miedo hacia afuera me empuja recto al miedo hacia adentro. Es decir que el amedrentador no se me representa en un tirano con nombres y apellidos, en un jefe de oficina o en la salud precaria o las maquinaciones políticas de un ser querido. Mi miedo es mi propio ser y ninguna revolución, ningún golpe de fortuna adversa podría derrocarle. Alguien podría aconsejarme que, visto que yo no padezco el "miedo hacia afuera", podría desafiarlo a fin de liquidar mis días y, por ende, mi "miedo hacia adentro". ¡Pero yo sólo quiero ser muerto por las manos del miedo! O para ser más exacto, "debo" ser muerto por las manos del miedo.

Otro lado del problema es que todo miedoso tiene sus cosas en claro: la culpa es del tirano, del jefe, del ser querido, de la fortuna, en última instancia del juego del mundo. Más todavía: aun cuando él mismo se reconozca culpable siempre podrá decir que esa culpa es consecuencia directa de la culpa social, política o afectiva. Es decir que este miedoso tiene dos triunfos en su mano: conoce la culpa y no se siente en manera alguna culpable de ella. Por el contrario, yo desconozco mi culpa y, desconociéndola, me siento al mismo tiempo fuertemente culpable. Quisiera reparar mi falta, quisiera borrar esta culpa, pero ¿qué santo y seña tiene para poder hablarle?

¡Divina puerilidad! Me adelanto así a las ironías de los exquisitos, a las caras graves de los razonables, a los análisis de los analistas. Ahora estoy sumergido. Textual. Ha llegado el momento casual del baño: me sumerjo hasta el cuello en el agua caliente de la bañadera. He ahí que mi miedo está tapado momentáneamente por el agua. Marat y Napoleón, productores del miedo en gran escala, ¿no taparían también el suyo "hacia adentro", metiéndose en sus respectivas bañaderas?

Sin que mi acto constituya una terapéutica ni tampoco un horario de baños (por ejemplo, todos los días puedo huir del miedo de cinco a seis de la tarde) no por ello es menos pariente del poderoso calmante que tomamos para un dolor de muelas o una neuralgia. Cuando se sufren estas molestias uno es, además de sí mismo, una muela o una cabeza... Por mi parte, yo soy yo mismo más mi miedo, y la bañadera es mi calmante. Ahora bien, aquí en la bañadera ocurre lo que en la cama: ya no soy más ni yo mismo ni mi miedo, he pasado a ser una suerte de objeto. Si un fotógrafo especial con una cámara especial lograse captar esta "especialidad", mostraría a los asombrados ojos de la muchedumbre un pez singular jamás entrevisto por los pescadores, nunca registrado en los tratados de ictiología. Por supuesto, digo un pez usando de un recurso retórico, porque si alguien me sacase del agua ya se las tendría que ingeniar para darme nombre. Con toda seguridad que al palparme sentiría que lo que sus manos aprisionan es una mezcla de animal y de objeto: de animal, porque respira; de objeto, porque ni siente ni padece. Por ejemplo, un instrumento de tor-

EL ENEMIGO

Por Virgilio Piñera

Como Alejo Carpentier y José Lezama Lima, Piñera, muerto en 1979, está situado en el punto más alto de la literatura cubana. A pesar de haber abarcado casi todos los géneros con gran virtuosismo, Piñera es el menos difundido de los grandes escritores de su país. Este relato, perteneciente al volumen *Cuentos*, editado por Alfaguara, refleja el virtuosismo del autor de *Pequeñas maniobras*.

He preguntado al hombre que me lustra los zapatos si no tenía miedo de sí mismo. Me miró sorprendido. Vi reflejado en su cara el desconcierto. Por fin, parece que para ser cortés conmigo, me respondió: "Yo no sé lo que es el miedo..." Bendije en mi interior a ese ser que está libre del mal que mina mi vida día a día. Tendré que decirlo de una vez: mi torcedor es el miedo. Miedo que tiene su origen en un sentimiento de culpa. ¿Por qué pienso constantemente que debo pagar algo malo que he hecho? Esto me ha llevado a rastrear en mi familia. Ningún crimen que tengan que pagar los hijos de los hijos; por lo contrario, gente sencilla, de moral cristiana. Entonces, ¿por qué esta sensación de culpabilidad? Sin embargo, hay un precedente en esta familia incomplicada. Esta culpa le juega a un hermano de mi padre una pasada trágica. Una noche su inefable culpabilidad se hace tan obsesiva que el desdichado termina por encerrarse en un cuarto de hotel, se amuralla, por así decirlo, y como un niño se pone a gritar que el juez vendrá a llevárselo...

Este miedo, producto de la culpa, me obliga a tomar medidas. Diré aquí algunas de estas medidas. Indagación en los que me rodean de si están minados por mi mal. Manera de consolarse, de repartir el peso de la culpa. Indagación de mí mismo, es decir, observar atentamente la "curva" de la culpa. Crueles terrores si sube, locas euforias si baja. Pero algo de mayor importancia que estos ascensos y descensos del ánimo. ¿Es que me cambiaré, a la postre, en la culpa misma? ¿Resultaré culpable para los demás? ¿Tendrán miedo de mí? ¿Miedo de mí que golpea en la piel de los otros? ¿Dos miedos, dos culpas, entonces? ¿Uno que me desgarra y otro que desgarra a los otros? ¿Qué nombre recibe un hombre cuando ha alcanzado este clímax?

Pero todavía hay algo más trágico. ¿Cómo escudarme? En relación con esto último, el escudo sería la literatura. Además de escribir lo que vivimos, escribimos también lo que no vivimos. Que lo que no pudo ser en la acción lo sea en la creación. Es en este sentido que me he servido de la literatura como de un escudo. Pero este escudo acaba de ser traspasado y del otro lado encuentra uno al guerrero de horrenda cara. No niego que el escudo quede más refulgente después de la batalla (la tremenda perforación que él nos muestra es nada menos que la obra) pero yo me habré hundido unos centímetros más en el fango de la culpa.

Lo peor de todo es que pertenezco a la clase peor de los culpables. Soy un culpable arrepentido de su crimen. Por eso, a manera de expiación, me he tolerado a mí mismo, y lo que es más singular, me he amado —claro está que no con mi corazón sino con mi culpa—. Tal expiación la he hecho extensiva a mis semejantes y a la literatura. Pero en vano: todo me huye. Yo me odio, creo ser odiado por mis semejantes, lo que escribo es odioso y creo que odiado. ¡He sido atravesado de parte a parte por la espada vengadora!

¡He aquí la hora amable de acostarnos a dormir! ¿Es que vamos a soñar? ¡No, por el cielo! Me alejo cuanto puedo de los siniestros sueños (aun el más risueño siempre será siniestro), les cedo mi cabeza al menor tiempo posible. No, si hablo de esta amable hora de acostarnos no lo hago con vista al sueño. En la frase precedente he puesto "dormir" para indicar que se trata de la noche y no del sueño. Pues bien, en esa hora amable me meto en mi cama, me hundo en la insulsez del colchón, apago la luz. Por unas horas la fiera ha despistado a los cazadores. Allí, hecho un ovillo, ya no soy más el culpable que holla el suelo del mundo con pisadas trémulas. Por el contrario, soy como un decapitado al que ya no pueden volarle mundos por la cabeza. Siento que sangre, carne y huesos son nada más que eso y poco a poco me voy convirtiendo en uno de los perros de la traílla... Entonces gozoso, muerdo a derecha e izquierda, doy caza al miedo, lo acorralo en un desvío del bosque y hundo mis colmillos en sus entrañas.

Hay un miedo que es típico del género humano. Se trata de ese miedo que por ser un sentimiento muy vital mira horrorizado la posibilidad de perder algo tan valioso como es la vida, y no sólo la vida sino también la fortuna, el empleo, el ser querido... Esto lo han sabido muy bien ciertos hombres y es por ello que han podido, en un momento dado, dominar a millones de otros hombres. Yo llamaría a este miedo el "miedo hacia afuera" para diferenciarlo del que a mí me domina y que vendría a ser, por tanto, "el miedo hacia adentro". Ahora bien, a mí ese miedo "hacia afuera" me deja impávido; yo no padezco tal azote, pues no me importa perder la vida, el empleo, el ser querido o la fortuna si la tuviere. Si yo me someto al amedrentador es porque estoy cogido en el engranaje, pero frente a él una sonrisa desdeñosa aflora a mis labios. Por otra parte, resulta singular que ese no sentir el miedo hacia afuera me empuja recto al miedo hacia adentro. Es decir que el amedrentador no se me representa en un tirano con nombres y apellidos, en un jefe de oficina o en la salud precaria o las maquinaciones políticas de un ser querido. Mi miedo es mi propio ser y ninguna revolución, ningún golpe de fortuna adversa podría derrocarle. Alguien podría aconsejarme que, visto que yo no padezco el "miedo hacia afuera", podría desafiarlo a fin de liquidar mis días y, por ende, mi "miedo hacia adentro". ¡Pero yo sólo quiero ser muerto por las manos del miedo! O para ser más exacto, "debo" ser muerto por las manos del miedo.

Otro lado del problema es que todo miedoso tiene sus cosas en claro: la culpa es del tirano, del jefe, del ser querido, de la fortuna, en última instancia del juego del mundo. Más todavía: aun cuando él mismo se reconozca culpable siempre podrá decir que esa culpa es consecuencia directa de la culpa social, política o afectiva. Es decir que este miedoso tiene dos triunfos en su mano: conoce la culpa y no se siente en manera alguna culpable de ella. Por el contrario, yo desconozco mi culpa y, desconociéndola, me siento al mismo tiempo fuertemente culpable. Quisiera reparar mi falta, quisiera borrar esta culpa, pero ¿qué santo y seña tiene para poder hablarle?

¡Divina puerilidad! Me adelanto así a las ironías de los exquisitos, a las caras graves de los razonables, a los análisis de los analistas. Ahora estoy sumergido. Textual. Ha llegado el momento casual del baño: me sumerjo hasta el cuello en el agua caliente de la bañadera. He ahí que mi miedo está tapado momentáneamente por el agua. Marat y Napoleón, productores del miedo en gran escala, ¿no taparían también el suyo "hacia adentro", metiéndose en sus respectivas bañaderas?

Sin que mi acto constituya una terapéutica ni tampoco un horario de baños (por ejemplo, todos los días puedo huir del miedo de cinco a seis de la tarde) no por ello es menos pariente del poderoso calmante que tomamos para un dolor de muelas o una neuralgia. Cuando se sufren estas molestias uno es, además de sí mismo, una muela o una cabeza... Por mi parte, yo soy yo mismo más mi miedo, y la bañadera es mi calmante. Ahora bien, aquí en la bañadera ocurre lo que en la cama: ya no soy más ni yo mismo ni mi miedo, he pasado a ser una suerte de objeto. Si un fotógrafo especial con una cámara especial lograse captar esta "especialidad", mostraría a los asombrados ojos de la muchedumbre un pez singular jamás entrevisto por los pescadores, nunca registrado en los tratados de ictiología. Por supuesto, digo un pez usando de un recurso retórico, porque si alguien me sacase del agua ya se las tendría que ingeniar para darme nombre. Con toda seguridad que al palparme sentiría que lo que sus manos aprisionan es una mezcla de animal y de objeto: de animal, porque respira; de objeto, porque ni siente ni padece. Por ejemplo, un instrumento de tortura que además de insensible respirase al compás de los estertores del supliciado. Las multitudes acudirían a contemplar el ingenioso artefacto que respira mientras mata. Productor del miedo en gran escala, jefe supremo de los amedrentadores, nada sería capaz de meterle miedo. Y ni aun la nostalgia misma. ¿Podría añorar este artefacto una patria que no ha conocido?

Con los años este miedo ha ido subiendo igual que suben las aguas en una ciudad cuyo río sale de madre: lenta pero inexorablemente. En esos días de creciente, vemos a sus moradores medir la altura de las aguas. Medio centímetro de subida provoca apasionados comentarios, despierta negras ideas en el ánimo. Yo también he pasado mi vida oponiendo un dique a mi miedo. Puse la primera piedra de este dique a los quince años. Una tarde me había sentado cómodamente bajo unos árboles; era un sitio apartado con todos los obligados encantos de la naturaleza. No pensaba en nada, o mejor dicho, como es propio de esta edad levantaba castillos en el aire. De pronto me quedó la mente en blanco, mis ojos se dilataron por el terror, pegué un brinco y eché a correr. A los pocos metros me vi obligado a detenerme: un miedo enorme me envolvía en sus anillos como una boa, un miedo que salía de mí mismo y saliendo se me enroscaba en el cuerpo. Sin embargo, no di voces, no requerí el auxilio de nadie. Sabía muy bien que no podrían librarme de mi miedo. Entonces me puse a darme de puñetazos hasta caer desmayado sobre la hierba.

He ahí la primera piedra de mi siniestro edificio. Desde ese día al de hoy no he hecho otra cosa que poner "sacos de arena" a la furia de esas aguas. Fue así que descubrí la panacea efímera de la cama. Sabía que metido en ella y al menos una hora en la noche (antes de caer en los abismos del sueño donde mi mal se complicaría) mi miedo me daría una tregua. Si, como he dicho, allí me convertía en uno de los perros de la traílla, entonces mi cama era mi perrera.

Hacia los veinte años hice el sensacional descubrimiento de la bañadera. Hasta entonces yo la había utilizado para masturbarme. Ese vicio solitario se hacía aún más solitario en la bañadera, como si el uno y la otra me declarasen que eran ellos quienes presidían el curso solitario de mi vida. Por lo demás, un placer pleno de culpa como los demás actos de mi vida. Pues bien, un día no me masturbe más. Me quedé quieto, hundido, pétreo y valeroso en mi bañadera. En tal momento tuve la certeza de que Minerva alguna podría enviarmos dos serpientes, peus ya no representaba yo las supremas dudas de Laocoonte.

Pero las mejores armas se embotan. Comprobé a los treinta años que volvía a ser vulnerable a pesar de la cama y de la bañadera. Si proseguí en el combate, fue por pura inercia y porque al menos en la "melée" algunos golpes podía yo asestar al adversario. Pero a los cuarenta —esa pálida edad del hombre, en que uno está situado entre la deslumbrante luz de la vida y el negror de la tumba— mis armas pasaron a ser piezas de museo. Entonces dejé de encastillarme más en ellas.

Sólo me quedaba poner la cabeza en el tajo. Cuando se pierden las reservas de candor que todos poseemos en mayor o menor grado, los paliativos se van al barril. Una mañana contemplé espantado al basurero que se llevaba la cama, la bañadera y el escudo. Le supliqué que me llevase también a mí, pero me contestó con suma ironía que yo iría en otro carro que pasaría a recogerme en el momento oportuno.



me declarasen que eran ellos quienes presidían el curso solitario de mi vida. Por lo demás, un placer pleno de culpa como los demás actos de mi vida. Pues bien, un día no me masturbe más. Me quedé quieto, hundido, pétreo y valeroso en mi bañadera. En tal momento tuve la certeza de que Minerva alguna podría enviarmos dos serpientes, peus ya no representaba yo las supremas dudas de Laocoonte.

Pero las mejores armas se embotan. Comprobé a los treinta años que volvía a ser vulnerable a pesar de la cama y de la bañadera. Si proseguí en el combate, fue por pura inercia y porque al menos en la "melée" algunos golpes podía yo asestar al adversario. Pero a los cuarenta —esa pálida edad del hombre, en que uno está situado entre la deslumbrante luz de la vida y el negror de la tumba— mis armas pasaron a ser piezas de museo. Entonces dejé de encastillarme más en ellas.

Sólo me quedaba poner la cabeza en el tajo. Cuando se pierden las reservas de candor que todos poseemos en mayor o menor grado, los paliativos se van al barril. Una mañana contemplé espantado al basurero que se llevaba la cama, la bañadera y el escudo. Le supliqué que me llevase también a mí, pero me contestó con suma ironía que yo iría en otro carro que pasaría a recogerme en el momento oportuno.



tura que además de insensible respirase al compás de los estertores del supliciado. Las multitudes acudirían a contemplar el ingenioso artefacto que respira mientras mata. Productor del miedo en gran escala, jefe supremo de los amedrentadores, nada sería capaz de meterle miedo. Y ni aun la nostalgia misma. ¿Podría añorar este artefacto una patria que no ha conocido?

Con los años este miedo ha ido subiendo igual que suben las aguas en una ciudad cuyo río sale de madre: lenta pero inexorablemente. En esos días de creciente, vemos a sus moradores medir la altura de las aguas. Medio centímetro de subida provoca apasionados comentarios, despierta negras ideas en el ánimo. Yo también he pasado mi vida oponiendo un dique a mi miedo. Puse la primera piedra de este dique a los quince años. Una tarde me había sentado cómodamente bajo unos árboles; era un sitio apartado con todos los obligados encantos de la naturaleza. No pensaba en nada, o mejor dicho, como es propio de esta edad levantaba castillos en el aire. De pronto me quedó la mente en blanco, mis ojos se dilataron por el terror, pegué un brinco y eché a correr. A los pocos metros me vi obligado a detenerme: un miedo enorme me envolvía en sus anillos como una boa, un miedo que salía de mí mismo y saliendo se me enroscaba en el cuerpo. Sin embargo, no di voces, no requerí el auxilio de nadie. Sabía muy bien que no podrían librarme de mi miedo. Entonces me puse a darme de puñetazos hasta caer desmayado sobre la hierba.

He ahí la primera piedra de mi siniestro edificio. Desde ese día al de hoy no he hecho otra cosa que poner "sacos de arena" a la furia de esas aguas. Fue así que descubrí la panacea efímera de la cama. Sabía que metido en ella y al menos una hora en la noche (antes de caer en los abismos del sueño donde mi mal se complicaría) mi miedo me daría una tregua. Si, como he dicho, allí me convertía en uno de los perros de la traílla, entonces mi cama era mi perrera.

Hacia los veinte años hice el sensacional descubrimiento de la bañadera. Hasta entonces yo la había utilizado para masturbarme. Ese vicio solitario se hacía aún más solitario en la bañadera, como si el uno y la otra

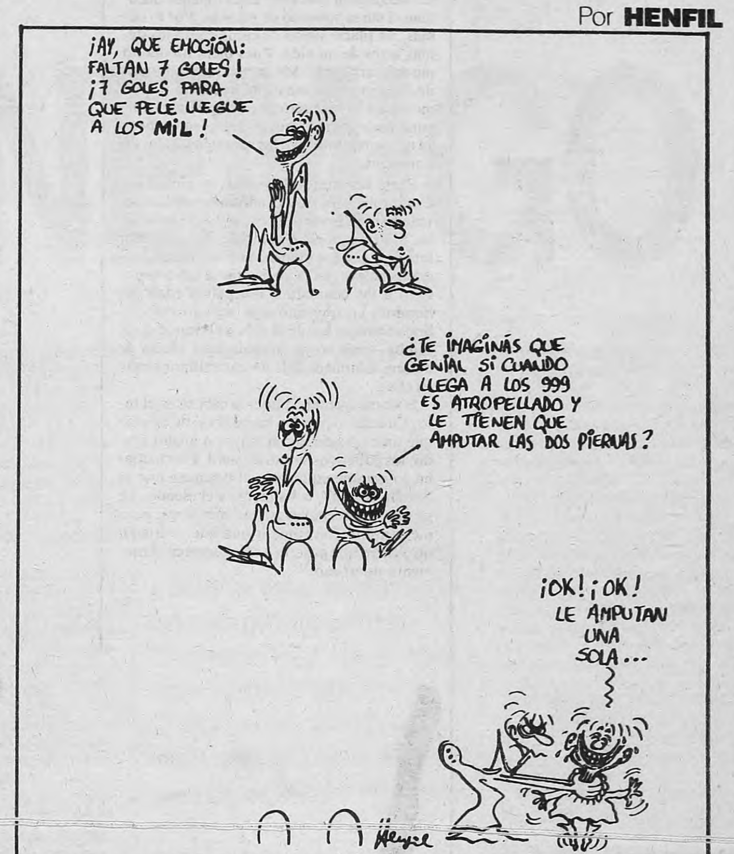


Por **HENFIL**









GARAY EDICIONES

JUEGOS

16 "TRANSFORMACION"

Cada palabra se transforma en la siguiente por cambio de una sola letra. Al final todas las letras de la primer palabra resultan "transformadas". Como ayuda le damos tres letras ya colocadas.

1	M				
2					
3			R		
4					
5					
6					
7					
8	H				
9					

DEFINICIONES

1. Arbol originario de Asia.
2. Parte del vestido que cubre el brazo.
3. Nombre de mujer.
4. Banda de músicos, típica de Carnaval.
5. Medicina que se toma para purgar los intestinos.
6. Insecto, parásito de los mamíferos.
7. Burla, chanza.
8. Carbón mineral.
9. Algarabía, bullicio.

16 "LA SOPA DEL 7"

Y	A	E	M	E	M	A	L	A	D
Y	S	O	E	O	L	T	Q	O	I
A	A	D	M	E	U	E	V	R	A
I	P	N	A	D	E	L	N	E	S
O	R	F	U	I	S	C	U	T	E
N	O	I	A	R	U	I	A	P	Q
E	S	D	X	B	N	C	U	O	E
M	E	U	L	A	O	O	D	C	A
M	U	N	V	T	T	T	N	I	D
E	O	I	A	T	U	O	O	L	E
T	O	R	R	A	U	M	N	E	U
A	T	E	R	R	A	C	N	H	Q
Y	N	T	S	U	B	O	T	U	A

Encuentre los nombres de 7 vehículos y embarcaciones que pueden estar escritos en horizontal, vertical o en diagonal tanto al derecho como al revés.

16 "NUMERO OCULTO"

Deduzca en cada caso un número compuesto por cuatro cifras distintas que no puede empezar con 0, a partir de los intentos que aquí aparecen. En la columna B (de bien) indicamos cuántos dígitos tiene ese intento en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

1

				B	R
				4	0
1	3	7	6	0	2
1	4	0	3	1	0
5	0	8	4	1	1
7	8	2	9	1	1

2

				B	R
				4	0
2	6	3	4	0	1
3	1	0	7	2	0
5	0	9	7	1	0
8	6	2	3	2	0

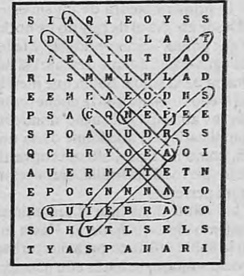
SOLUCIONES

15

"TRANSFORMACION"

PESTE
POSTE
POSTA
COSTA
CORTA
CURTA
CURRA
CURIA
FURIA

"LA SOPA DEL 7"



S	I	A	Q	I	E	O	Y	S	S
I	D	U	Z	P	O	L	A	A	T
N	A	E	A	I	N	T	U	A	O
R	L	S	M	M	L	N	L	A	D
E	E	M	E	A	E	O	D	H	S
P	S	A	C	Q	N	E	F	E	E
S	P	O	A	U	U	D	R	S	S
Q	C	H	R	Y	O	E	A	O	I
A	U	E	R	N	T	T	E	T	N
E	P	O	G	N	N	N	A	Y	O
E	Q	U	I	E	B	R	A	C	O
S	O	H	V	T	L	S	E	L	S
T	Y	A	S	P	A	N	A	R	I

NUMERO OCULTO"

1. 8317
2.1936